

## Donde esté tu tesoro, ahí estará tu corazón



- *La pseudocuriosidad se reconoce por una atención que pronto se disipa y por la ausencia de genuino compromiso.*

El filósofo Martín Heidegger, en su obra cumbre *El ser y el Tiempo*, declara que la pseudocuriosidad es una característica relevante del *dasman*, término para referirse a la existencia inauténtica o digámoslo con mayor sencillez, a la mala vida; es decir, a la vida que nos deshumaniza porque embota la conciencia y perturba la sensibilidad.

El prefijo *pseudo* (que la Real Academia de la Lengua afirma que podemos escribir ya sin la *p* inicial) denota invariablemente falsedad, así que la palabra pseudocuriosidad es una curiosidad falsa, una curiosidad aparente o de mentiras. En cambio, la verdadera curiosidad es una cualidad que está en la base de grandes logros humanos. ¿Cómo serían posibles la investigación científica, la creatividad artística, la exploración que conduce al incremento de horizontes si no existiera la curiosidad? El espíritu inquisitivo es inherente al ser humano.

La pseudocuriosidad se reconoce por una atención que pronto se disipa y por la ausencia de genuino compromiso. La gente aquejada de pseudocuriosidad es sobre todo superficial. Quisieran estar en todo, pero acaban estando en nada. Ya lo sabemos: el que mucho abarca poco aprieta. A los pseudocuriosos solo lo novedoso les atrae.

Muchos se vuelven coleccionistas compulsivos. ¿De qué? De cualquier cosa. Algunos coleccionan libros que no leen, discos que nunca escuchan, bienes que jamás disfrutan. Peor aún, hay coleccionistas de conquistas amorosas, que son incapaces de relacionarse a profundidad con otros seres humanos. Todos conocemos personas que se matriculan en algún curso en el que duran poco, o que se inscriben en un gimnasio al cual dejan de asistir con el menor pretexto. A propósito de esa superficialidad dominante en nuestra época, Daniel Goleman, que se hiciera mundialmente famoso con su libro *La inteligencia emocional*, ha documentado en su disertación *Superficiales* los efectos perniciosos que los teléfonos celulares tienen en las mentes y en las vidas de la mayoría de sus usuarios.

Señala que a pesar de que esos aparatos constituyen maravillas tecnológicas con enormes oportunidades para el aprendizaje, son usados más como pasatiempos frívolos. Y cuando llegan a ser empleados para alguna tarea académica, el usuario típico de esos aparatos se conforma con un contacto superficial con lo investigado pues no dedica tiempo a su estudio y reflexión. Y no se piense que Goleman habla sólo de jovencitos descocados. Enfatiza que la superficialidad afecta incluso a catedráticos que laboran en las universidades de mayor prestigio. Ellos mismos así lo han reconocido. Señalan la paradoja de que ahora la información se obtenga con mayor facilidad que nunca antes, pero que la asimilación sea de menor calidad. Es un hecho que la vagancia cibernética favorece la superficialidad.

Hace años, en la época de mayor violencia e inseguridad en la región, como directivo de cierto colegio, me pasmó la crisis de llanto de una jovencita. Supuse que habían secuestrado a alguno de sus familiares. Ya había habido casos que afectaron a miembros de aquella institución. Las extorsiones y venganzas eran frecuentes en aquella época. No obstante, el motivo de tanto sollozo resultó de veras simple. El prefecto (un ex militar estadounidense que no hablaba Español) le había quitado el celular como castigo y lo retendría bajo llave un par de semanas. La muchacha no lloraba por una persona sino por un aparato que se había vuelto el centro de sus días. Juro que parecía que le habían matado a la madre. ¿Exagerada la muchacha? Sin duda, pero reconozcamos que no estamos tan lejos de su modo de pensar. La dependencia, la adicción, la manía que provocan esos aparatos se ha agudizado. Nada es más visto y acariciado que un teléfono celular. Y la mayor parte del tiempo lo usamos mal y en nuestro perjuicio. Conviene hacer caso de la advertencia evangélica: “Donde esté tu tesoro, ahí estará tu corazón”. Que nuestro corazón esté en el tesoro del contacto humano y no en el apego a las cosas.